

Clara Janés y María Zambrano ante la luz de la Aurora.

María Zambrano propuso una forma de filosofar que ella denominó “razón poética”. Y la definió así: “razón integradora de la rica sustancia del mundo”.

Esa rica sustancia no cupo, ni podía caber, en el círculo mágico y tembloroso que dibujó María Zambrano con sus palabras. Muchos han sido los que, desde dentro y desde fuera de ese círculo, han puesto sus propias palabras al servicio de esa prodigiosa integración. En estos dos últimos años se han producido estas aportaciones:

El logos oscuro, de Jesús Moreno Sanz (Verbum editorial, Madrid, 2008); *María Zambrano*, de José-Miguel Ullán (Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, Barcelona, 2010) y *María Zambrano. Desde la sombra llameante*, de Clara Janés (Siruela, Madrid, 2010).

Esta poeta visitó con frecuencia la persona y la palabra de Doña María: aquel Guernica que por fin regresó a España. Y se dejó magnetizar por aquella caja de música y de sangre (sangre de Toro sacrificado por el exilio, según palabras de María Zambrano). Así cuenta Clara Janés lo que sentía al cerrar la puerta de la casa de repatriada filósofa, una vez concluida su visita:

“Y la puerta se cerraba. Y uno regresaba a casa con todo un mundo en la cabeza”.

¿Qué mundo es ese? ¿Qué se siente ahí dentro? ¿Qué luz tiene? ¿Cómo suena y tiembla? Clara Janés comparte ese mundo recibido de María Zambrano en esta antología, la cual se divide en tres partes: I.- La imagen; II.- La palabra; y III) El confín del silencio.

En la primera parte Clara Janés ofrece un retrato de su admirada filósofa. Ahí encontramos unas palabras de Rafael Martínez Nadal que nos llevan a la cabaña suiza donde vivía exiliada María Zambrano: “Más que morada, tu *hábitat* natural me parecía: fuera, bosques y claros, y ranas; dentro, fuego de leña, whisky y gatos. Allí eras la gran exiliada, figura de exilios, aislada pero próxima; a menudo absorta pero asequible; pitonisa y meiga, adivinadora de lo que se esconde en algunos claros del bosque”.

¿Adivinadora de lo que se esconde? Quizás no. Ella reconoció que el poeta comunica el misterio pero no alcanza a descifrarlo. Porque quizás para María Zambrano lo que hay, lo que se nos presenta, sería un alquímico amasijo poesía, de misterio y de sacralidad: “la realidad es poesía [...] para ella nada es problemático sino misterioso” (pag.84); “la realidad es lo sagrado” (pag. 45).

Poesía. Palabras. Música. Sonido en realidad, que está sostenido por el aliento, por el propio cuerpo. El cuerpo de Clara Janés, como el de María Zambrano, estaban al servicio de la Aurora: “Ambas nos despertábamos espontáneamente movidas por la estrella del alba –María decía por su rumor, yo por su luz-. Esa llamada poderosa hizo que nuestra amistad fuera intensa, aunque no de diálogo cotidiano como era la que me unía a Rosa Chacel”.

La segunda parte de esta antología lleva un título poderoso: “La palabra”. Ahí encontramos varios artículos y conferencias en las que Clara Janés ofrece luz –más luz- sobre la luz –la luz lógica- de María Zambrano. El primero de esos textos es el que da nombre a toda la antología (*Desde la sombra llameante*). En él encontramos muchas citas de la gran obra maestra de María Zambrano (*Filosofía y Poesía*). Quizás aquí se diga todo:

“Algunos de los que sintieron su vida suspendida, su vista enredada en la hoja o en el agua, no pudieron pasar al segundo momento en que la violencia interior hace cerrar los ojos buscando otra hoja y otra agua más verdadera. No, no todos fueron por el camino de la verdad trabajosa y quedaron aferrados a lo presente e inmediato, a lo que regala su presencia y dona su figura, a lo que tiembla tan cercano; ellos no sintieron violencia alguna. [...] Fieles a las cosas, fieles a su primitiva admiración extática, no se decidieron jamás a desgarrarla; [...] Lo que el filósofo perseguía lo tenía ya dentro de sí, en cierto modo, el poeta”.

¿Y qué tiene el poeta, ese poeta zambraniano? Quizás una forma de mirar que le permite ver la Aurora. De ella se ocupa el último de los textos que hay en esta segunda parte. Antes hay otros: *Los números del alma* (“La música es la aritmética inconsciente de los números del alma”); *De los ríos y de las aguas inmóviles* (“Yo diría que ahora no es ya Platón quien mueve a María Zambrano a seguir indagando, sino Nietzsche, y que, al hablar del “sumergirse en la vida”, piensa también en el descenso a los infiernos [...]); *La palabra poética en María Zambrano* (“[...] es sabido que en su pensamiento [en el de María Zambrano] filosofía y poesía se unen, como sucedía en el de los presocráticos y en el de uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo, Martín Heidegger.”)

Y llegamos al último de los textos de esta segunda parte: *La llama blanca de la Aurora*. Dice Clara Janés, tras unas oportunas referencias a Jakob Böhme y, una vez más, a Nietzsche, que la “Aurora supone, pues, un despertar y, por ello, un sueño previo necesario”. ¿Y cómo se hace una Aurora en el alma humana? ¿Cómo podemos despertar a esa luz que requirió penumbra previa y sueño?

La respuesta quizás esté en estas palabras de María Zambrano:

“Sólo cuando la mirada se abre al par de lo visible se hace una aurora”.

¿Y merece la pena esa dilatación? ¿Qué tiene de gloriosa esa luz, ese momento sideral donde oficiaban esas poetisas-pitonisas llamadas María Zambrano y Clara Janés?

“Y aprendió a despertarse a la hora primera del día para ver un instante, por el balcón abierto a la nieve, el alba, la luz sin memoria, que bendice nuestro sueño” (pag.42). Tras recoger esta cita de su admirada filósofa, Clara Janés, afirma: “La intuición del alba es la misma intuición poética”.

¿Sólo eso? Creo que hay más. La última parte de esta antología se titula *El confín del silencio*. Contiene un solo texto, titulado, a su vez, *El rumor del astro*. Ahí está lo serio (eso que Schopenhauer llamo “lo serio” al final del tercer libro de *El mundo como voluntad y representación*):

“Aquella primera tarde que visité a María yo sola, no recordé ese texto suyo [*Hacia un saber sobre el alma*], sumida como estaba en el presente de su voz y en la revelación de compartir con ella el nexo: música-luz-resurrección. Eran cosas claras para mí, pero su conocimiento no derivaba del intelecto; eran experiencias que, como he apuntado, se remontaban a mi infancia y adolescencia que transcurrió a las afueras de Barcelona, en Pedralbes, y en las inmediaciones del monasterio de clarisas, cuya vida reclusa intuía como la abolición el espacio, y cuya oración nocturna, la abolición del tiempo a través de la voz; todo ello apoyándome en lo que verdaderamente permite saltar por encima de estas coordenadas de la vida: el amor. Llegar a semejante estado me pareció, desde niña, la meta óptima. Por esta causa, a veces, me levantaba cuando aún era de noche y salía al jardín a ver los astros y la oscuridad, mientras los demás dormían. Por esta causa fue precoz mi experiencia del alba y, más adelante, sentí el alba como resurrección o amor.

“Sin formularlo, empecé a visitar a María siempre el día de Pascua. Sabía que ella me esperaba: era una celebración secreta, la de la fe en la génesis, en la *poiesis*, la poesía; la fe en la resurrección, los cabellos de María Magdalena avanzando hacia Cristo, esas hierbas, el reverdecer de la primavera que el celeste imán del tiempo hacía que ocupara una vez más su lugar y nos dictara el nuestro: comunicarlo, hacer de la voz el vehículo de aquella luz, aquel rumor que, día tras día, nos llamaba”.

¿Qué tiene que ver la poesía –palabras en definitiva- con la resurrección (esa palabra tan imponente)?

Quizás, simplemente, porque, como dijo Wittgenstein, los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro mundo. La poesía establece, mueve y amplía los límites del lenguaje: abre los mundos, los fertiliza, los regenera. La poesía abre los ojos de los hombres (hasta el cielo, hasta los infiernos incluso). El objetivo es contemplar lo prodigioso:

“Sólo cuando la mirada se abre al par de lo visible se hace una Aurora”.

David López

Sotosalbos, marzo de 2010.

